

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

CORREO CONCERTADO

CORREO CONCERTADO

Punto de suscripción y venta.
Toledo: D. Elias Galán, Comercio, 52
Anuncios económicos.

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Precio de suscripción.
Un año..... 6,00 pesetas
Número suelto..... 0,10
Pago adelantado.

Malestar latente.

De evidencia notoria es que el pueblo español atraviesa una de las crisis más hondas y más graves porque puede atravesar pueblo alguno. El malestar general que en todas las clases de nuestra sociedad se deja sentir, tiene manifestaciones externas, verdaderos síntomas del estado morboso en que el país se encuentra, y los ciudadanos todos sufren el peso de un desasosiego, de un estado febril que nada bueno augura.

Manifestaciones de ese malestar son las constantes agitaciones obreras, que traduciéndose en huelgas y con la excesiva benignidad de los gobiernos, tan hondas perturbaciones producen: la extraordinaria emigración de los que, no pudiendo soportar en los patrios lares los terribles latigazos del hambre, marcan en busca de países más ricos y mejor gobernados la estrechez misérrima de la clase media que se ve forzada a encubrir sus lacrimas tras la máscara de una forzada sonrisa de aristócrata arruinado, la indisciplina social que por todas partes invade, y tantos y tantos síntomas como forman la rica sinárgica de la triste enfermedad que padece España. Pobreza, miseria, falta de cultura, carencia de fe, ausencia de ideales.... Ese es el estado de nuestra Patria en los momentos actuales, ese es el estado de la sociedad española en el presente momento histórico.

Mientras que el pueblo de Calceña, en masa, se dispone a emigrar porque aquel suelo no produce siquiera lo necesario para pagar todas las gabelas que el Estado echa sobre el pobre contribuyente, unos desahuciados, unos hijos espúreos de la Patria, se dedican a arrojar en el Ejército la semilla de la indisciplina y la rebelión, en tanto que en Barcelona se colocan máquinas explosivas que esparcen la muerte y el terror a la par que los empleados ferroviarios amenazan descaradamente con una huelga, que llevaría la ruina y la tristeza a los más apartados rincones del solar patrio.

Y para calmar ese mal, para salvar al enfermo, ¿qué remedios acude el Gobierno? ¿En qué forma combaten los hombres encargados de dirigir la Nación ese malestar latente del país que de tantas y tan variadas formas se manifiesta? Desoyendo las voces de la razón, desatendiendo la enfermedad del pueblo, para sólo escuchar sus locos arrebatos demagógicos y prestar únicamente ideas a sus vesanas radicales.

El malestar del pueblo español procede de que tiene hambre, de que sobran brazos y falta trabajo, deque el dinero no circula y de que caminamos con una calma desesperante; y ese malestar se exterioriza en formas brutales porque los Gobiernos, dando una torcida interpretación a la palabra "libertad", han alentado al

pueblo a que pierda toda clase de respetos, y deshecha la disciplina familiar, rota la autoridad social, desobediencia el Poder del Estado, bas tardeando el recíproco respeto humano y ofendido el poder moral de la Religión, caminamos a un caos del que sólo Dios sabe cómo podríamos salir.

Se impone que los españoles de buena voluntad se unan y hagan comprender a los gobiernos que los males de la Patria no se curan con tópicos huecos, ni con leyes antirreligiosas, ni con medidas deprimentes para la Iglesia de Cristo, sino con pan y trabajo para el cuerpo, Religión y cultura para el espíritu y paz y tranquilidad para la Nación.

DE PROPAGANDA

La voz de la Prensa es más poderosa que la de las campanas. — Y qué adelantaremos con ofrecer a Dios templos de piedra, si no podemos ofrecerle el templo de las almas; con levantar Iglesias, sin una voz más poderosa que la de las campanas, sin una voz que busque a los fieles en sus propias casas, en sus recreos y hasta en sus vicios, y sacuda sus corazones paralizados y hiera sus conciencias dormidas, y los haga emprender otra vez el camino del templo?

El Obispo de Jaca.

EL CANARIO

Yo tengo un pajarito,
un canario de gualda pluma fina,
cual bello jiquetito,
que entre doradas rejas salta y trina.
Mañero, el plumaje
se peina y el alpique desgranando,
de esta el varillaje
recorre enai pentagrama cantando.
Cuando el alpique falta
ó falta la hoja de escarola, inquieto
pisa mas luego salta
y trina alegre ante el cajón repleto.
Si en el jardín le pongo
rabia contra el chahu chahu de los pardales,
y debe ser apoungo
que en los gorriones ve a los liberales.
Pues no le vieste a veruchito
más pijo que el gorrion es casero,
republicano docho,
demócrata rabioso y mujadero.
Las canales del templo,
romper; y roba, si tiene su iglesia
hijos y avas; su ejemplo
bastante hasta el canto del canario.
El mío ha aprendido
el chahu chahu informal de los pardales,
que le perdona, habido
su odio a pajarracos liberales.
Cuando inisto a él me siento
y leo en alta voz El CASTELLANO,
a la lectura atento
por no esparbarse canta piano, piano.
Si un liberal talizado
a visitar el cura se propasa,
el me le canta airado
el chahu chahu hasta que se va de casa.
A un varroerillo zote
a quien vio El Liberal en el boletín
remojado el cogote
arrojado de agua del picotín.
Pues si el canario aprende
a hablar en quiquiy cual los curiales,
ya no extráñase si entiendo
la rabia que me dan los liberales.
Liso y Estrada.

NOTAS DEL RESOLANO

Canalejas siguió con las comilonas. El otro día comió con todos los Ministros en el hotel Ritz, y después, allí mismo, celebraron Consejo. Esto de celebrar Consejo en un hotel nada tiene de particular; cualquier día le celebran alrededor de un velador en la puerta de algún Casino de la calle de Alcalá ó en la Puerta del Sol, y tampoco tendría nada de particular, y si no oigau lo que dicen a los periodistas cuando van desfilando uno a uno ó dos a dos, pues el número no hace al caso. ¿Hay? nada de particular Cuatro cosillas... total, nada.
¿Y para nada necesitan ya esos señores atracarse aquí en suculentos banquetes? Pues, señor, estamos acorralados.
[Yo no puedo aguanar eso, porque es un brutal insulto a los españoles! ¡Aquí, que estamos todos con el hambre a puñetazos, que vengan ahora los llamados y obligados a procurar el pan que necesitamos a comerse en nuestras bueltas! ¿Puede sufrirse tanta burla? ¡Oh! y seguramente se ocuparian de la emigración, tema prioritario para tratarle entre chaletas y pollos asados

Algunos periódicos, ridiculizan la determinación del Gobierno de emplear una barbaridad de millones en un monumento que conmemore las Cortes de Cádiz; mientras pueblos enteros, como Calceña, traían de emigrar.
No es para tanto, señores, si se marcha un pueblo, en cambio se habrán salvado los principios. ¡Y unos principios que costaron tantísimas y tan ricas colonias bien merecen un monumento!

Algunos dirán y con razón. Ese monumento a las Cortes de Cádiz que le costarán sus admiradores, no a costa del fondo común donde hay dinero de muchos que abominan de dichas Cortes.
Pero, ¿qué quieren ustedes? Los gobernantes que ahora se están; los jurstigos de la opinión; los contrarios del capricho de hacernos rabiar. — ¿No queréis Cortes de Cádiz? Pues ahora es oblijo. A que le levanteis un monumento.
¿Queréis Comunidades religiosas? Pues fuera las Comunidades religiosas.
Nada; una verdadera delicia.

¿No recuerdan ustedes lo regocijados que venían algunos periódicos católicos comentando los arañazos y mordiscos que Soriano y Lerroux se han propinado? Pues yo quiero recordárselos, a los periódicos aludidos, lo de la paga y la paga.
Ellos venían el escándalo en la aceña republicana y no se aperciaban del que tenían en casa.
¡Pueden estar satisfechos!
Se ríen de la división entre los republicanos; mientras se tiran ellos de las greñas.
Y lo peor es que me zarandean a los señores Obispos, con tan poco respeto que ya pasa de castaño obscuro.
Si la cosa sigue así va a haber necesidad de buscar con la linterna de Diógenes al periódico bueno.
Yo, la verdad, estoy perplejo. ¿Qué periódico recomiendo?

El otro día me decía un señor a quien le he hecho dejar el Diario Universal por uno católico, distinto del que yo leo: Diga usted, ¿yo creí que habría más claridad y mejor lenguaje en la prensa católica? Mire usted, y me enseñaba el periódico, una, dos, tres columnas poniendo como un guifajo a tal periódico, y como hoy fué ayer y todos los días. Esto no es un diario católico; esto es un pasillo de verdugos.
Aquí no sólo el periódico tal, sino que se traen y se llevan con demasiada soltura a personas y cosas muy respetables.
Otros a quienes les he hecho también suscribirse a periódicos católicos desde primeros de año, me han hablado de ciertas cosas muy traqueteadas por nuestra prensa en estos días, sobre todo por los diarios de Madrid, en tales formas, que he sacado en consecuencia que en vez de provecho han sacado hasta ahora daño y no poco.
¡Estamos arrojados!

Hoy leo en el periódico la caída de Canalejas. ¡Y qué caída tan ridícula!... en un baile (¿on que Canalejas baila? Pues... que baile. Al fin y al cabo esa es la afición de los que no saben hacer habilidades con la cabeza, hacerlas con los pies.
Zarzoño.

En vísperas de la Santa Cuaresma, me parece oportuno tratar de aquellos tres días anteriores, que constituyen un suceso para los mundanos y un triunfo para el ángel de las tinieblas: Del Carnaval.
Estando detenidos en los tiempos presentes y dirigiendo una mirada retrospectiva a los tiempos de fervor y de inocencia, primicias del cristianismo; tiempos que con tanta velocidad pasaron y cuyo encajador recuerdo sólo permanece en los libros y monumentos sagrados de nuestra religión; tiempos que hacen suspirar a la Iglesia, sin que logre volverlos a ver; tiempos que al cristianismo de nuestros días le darán siempre en rostro, arguyendo de tibieza y poca fe; indudablemente nos sentiremos conmovidos ante la diferencia entre el presente y el pasado.
La virtud guiaba los pasos del cristiano; la caridad brillaba en todas sus acciones; el santo temor de Dios arreglaba todos sus negocios; el pudor era la divisa que le distinguía; los poderosos amaban a los pobres y los hacían partícipes de sus caritativos convites; los pobres, humildes y modestos, bendecían a Dios en su indigencia y sufrían con resignación el peso de sus trabajos; las doncellas, adornadas con el modesto traje de la vergüenza y del recato, seguían como vírgenes puras y fervorosas al Cordero; las madres de familia, sin otro arroyo que el de la modestia, sin otro cuidado que el de servir a Dios, no eran inferiores a las vírgenes, sino en la prerrogativa del estado, igualándolas en el fervor de la caridad.
Por enemigos que fuesen los paganos de los cristianos y por malignos censores que fuesen de sus acciones y conducta, jamás tuvieron que reprimirse por exceso de lujo, de ostentación y vanagloria.
Había en aquel tiempo, como en el nuestro, tertulias, juegos y fiestas; se daban convites profanos, había espectáculos y bailes públicos, pero jamás se vio que un cristiano

tomase parte en esas asambleas lúbricas.
¿Qué escándalo no hubiera producido si uno solo, olvidándose un momento de lo que era, hubiera asistido a esas diversiones públicas! Se le habría mirado desde entonces como un apóstata.

Entrad en las prisiones, decía con firmeza Tertuliano a sus perseguidores, y si entre cadenas halláis alguno acusado de otro crimen que el de haber confesado a Jesucristo, aquí no será seguramente cristiano.

Entonces no necesitaba la Iglesia, poner diques a la relajación de sus hijos.... Pero hoy... no puede mirar sin dolor como corre el mundo a esas espectáculos y asambleas, donde va a beber en copa de oro el taigo de la muerte, donde se introduce por todos los sentidos la impiedad condimentada con el deleite; donde la obscenidad se propina convertida en arte; donde la virtud, la inocencia y el honor peligran, y donde el mismo aire que se respira infecta el corazón y extingue todos los sentimientos de religión y de piedad.

La Iglesia, repito, ve con dolor cómo sus hijos se entregan a la ociosidad, a los placeres, a las diversiones y a los excesos más vergonzosos, canonizados con el nombre de antiguas costumbres; ve renovar en medio del cristianismo los sacrificios impuros con que la embriaguez, la impureza, la disolución y el fanatismo de un pueblo ciego hacen la apología del incontinente Baco; ve las ciudades cristianas convertidas lastimosamente en centros de inmodestia y destemplanza; ve... y ¡ojalá no lo viese! ve que la gula, la lascivia y desenvoltura son miradas en esos días de Carnaval más bien como un finjo necesario y natural de la estación, que como verdaderos vicios é incentivos a los mayores desórdenes.

Si nosotros nos preciamos de tener a la Iglesia por madre, enjuaguemos su llanto y sigamos el ejemplo de muchos de sus caros y esclarecidos hijos. Santa Catalina de Sena mientras duraba el Carnaval permanecía la mayor parte de la noche en oración; San Carlos Borromeo instituyó multitud de ejercicios santos y devotos para desterrar de su arzobispado los excesos del Carnaval; San Francisco de Sales se retiraba a la soledad y se entregaba a los ejercicios de piedad por no ver y ser testigo del desenfino del pueblo cristiano en estos días....

Lejos de nosotros ese espíritu profano y licencioso.
En la oración y en el recogimiento encontraremos lo que no puede hallarse en el bullicio y en los pasatiempos mundanos; la verdadera satisfacción y alegría fundada en la paz de la buena conciencia.

Desde Madrid.

El viaje regio a Alicante y las incidencias del mismo han atraído la atención de las gentes durante estos últimos días, haciéndola apartarse del campo político, en el que, por cierto, ni son todo flores ni parece presentarse con buen cariz la cosecha que ha de recoger el Gobierno. En la regia excursión a Alicante ha habido, como siempre, sus incidentes cómicos y sus empujones de etiqueta; pero de los primeros, ninguno tan gracioso como el batazo dado por el Sr. Canalejas al hacer uno de los pasos más interesantes de la comedia. El Presidente del Consejo fué a hacer

el que yo leo: Diga usted, ¿yo creí que habría más claridad y mejor lenguaje en la prensa católica? Mire usted, y me enseñaba el periódico, una, dos, tres columnas poniendo como un guifajo a tal periódico, y como hoy fué ayer y todos los días. Esto no es un diario católico; esto es un pasillo de verdugos.
Aquí no sólo el periódico tal, sino que se traen y se llevan con demasiada soltura a personas y cosas muy respetables.
Otros a quienes les he hecho también suscribirse a periódicos católicos desde primeros de año, me han hablado de ciertas cosas muy traqueteadas por nuestra prensa en estos días, sobre todo por los diarios de Madrid, en tales formas, que he sacado en consecuencia que en vez de provecho han sacado hasta ahora daño y no poco.
¡Estamos arrojados!

Hoy leo en el periódico la caída de Canalejas. ¡Y qué caída tan ridícula!... en un baile (¿on que Canalejas baila? Pues... que baile. Al fin y al cabo esa es la afición de los que no saben hacer habilidades con la cabeza, hacerlas con los pies.
Zarzoño.
En vísperas de la Santa Cuaresma, me parece oportuno tratar de aquellos tres días anteriores, que constituyen un suceso para los mundanos y un triunfo para el ángel de las tinieblas: Del Carnaval.
Estando detenidos en los tiempos presentes y dirigiendo una mirada retrospectiva a los tiempos de fervor y de inocencia, primicias del cristianismo; tiempos que con tanta velocidad pasaron y cuyo encajador recuerdo sólo permanece en los libros y monumentos sagrados de nuestra religión; tiempos que hacen suspirar a la Iglesia, sin que logre volverlos a ver; tiempos que al cristianismo de nuestros días le darán siempre en rostro, arguyendo de tibieza y poca fe; indudablemente nos sentiremos conmovidos ante la diferencia entre el presente y el pasado.
La virtud guiaba los pasos del cristiano; la caridad brillaba en todas sus acciones; el santo temor de Dios arreglaba todos sus negocios; el pudor era la divisa que le distinguía; los poderosos amaban a los pobres y los hacían partícipes de sus caritativos convites; los pobres, humildes y modestos, bendecían a Dios en su indigencia y sufrían con resignación el peso de sus trabajos; las doncellas, adornadas con el modesto traje de la vergüenza y del recato, seguían como vírgenes puras y fervorosas al Cordero; las madres de familia, sin otro arroyo que el de la modestia, sin otro cuidado que el de servir a Dios, no eran inferiores a las vírgenes, sino en la prerrogativa del estado, igualándolas en el fervor de la caridad.
Por enemigos que fuesen los paganos de los cristianos y por malignos censores que fuesen de sus acciones y conducta, jamás tuvieron que reprimirse por exceso de lujo, de ostentación y vanagloria.
Había en aquel tiempo, como en el nuestro, tertulias, juegos y fiestas; se daban convites profanos, había espectáculos y bailes públicos, pero jamás se vio que un cristiano